

Los Libros

EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO por *Ciro Alegría*.—Ediciones Ercilla

Las credenciales con que se nos presenta «El mundo es ancho y ajeno» garantizan una fruición artística, poco frecuente, en el espíritu del lector. En efecto, esta obra fué presentada al Concurso de Novelas Latinoamericanas abierto por Farrarand Reinhardt, editores de Nueva York. El jurado chileno, compuesto por los escritores Alberto Montenegro, Rubén Azócar y José S. González Vera, recomendó esta novela, además de indicar para el premio una de autor chileno. Después, el jurado de Nueva York, constituido por John dos Passos, Blair Niles y Ernesto Montenegro, discernió el premio a *Ciro Alegría*. Escritor peruano, *Ciro Alegría* vive en Chile desde hace algunos años, desterrado de su patria por asuntos políticos. Es el tercer premio literario que obtiene, pues antes habían sido agraciadas sus novelas «La serpiente de oro» y «Los perros hambrientos».

En el hecho y en el espíritu es esta novela la expresión veraz de un rincón genuino de Hispanoamérica: la sierra peruana con su ambiente típico y sus personajes autóctonos que llevan una existencia primitiva y refractaria a los modos de vivir contemporáneos. Nos narra *Ciro Alegría* la vida de los comuneros de Rumi, apremiados por las necesidades cotidianas y por las injusticias de que son víctimas de parte de los hombres blancos.

La presencia de los Andes eternos vigila el alma milenaria de América. Por eso, en medio de los hechos humanos sentimos su presencia majestuosa. Frente a ella el espíritu ascencial del indio, encarnado en el alcalde Rosendo Maqui, personaje central de esta densa novela, donde pululan numerosos seres rotundamente caracterizados por *Ciro Alegría*: Zenobia García, Doroteo Quispe, el Fiero Vásquez, Alvaro Amenábar, el tinterrillo Iñiguez, Bismark Ruiz, Melva Cortez, Valencio, Correa Zavala, Goyo Auca, Ambrosio Luma, etc. El retrato de éstos nos lo hace *Alegría* en rasgos enérgicos y actitudes típicas, como aguafuertista. Así, los personajes de esta novela adquieren vigoroso relieve por sus caracterizaciones físicas y morales. Veamos el retrato que nos hace de Rosendo Maqui: «Tenía el cuerpo nudoso y cetrino como el lloque—palo contorsionado y durísimo—, porque era un poco vegetal, un poco hombre, un poco piedra. Su nariz quebrada señalaba una boca de gruesos labios plegados con un gesto de serenidad y firmeza. Tras las duras colinas de pómulos brillaban los ojos, oscuros lagos quietos. Las cejas eran una crestería. Podría afirmarse que el Adán americano fué plasmado según su geografía; que las fuerzas de la tierra, de tan enérgicas, eclosionaron en un hombre con rasgos de montañas». Era Rosendo Maqui de una bondad y sabiduría infinitas; de su alma estaba ausente toda pasión deleznable. Actitudes evangélicas las suyas. Llegamos a pensar que por su amor al indio de la sierra, *Ciro Alegría* cayó en exageraciones inverosímiles al pintar a Rosendo Maqui. Es difícil que un ser así se dé en la realidad. Seguramente así lo concibió *Ciro Alegría* para contrastar la bondad ingénita del indio con la maldad diabólica del blanco o mestizo. Por su fuerza humana, por su realismo pasional, preferimos la caracterización del Fiero Vásquez.

Llevaban los comuneros de Rumi una existencia patriarcal, en un ambiente edénico. De pronto, irrumpe un gamonal, Alvaro Amenábar, blanco de alma tortuosa, y les inicia un pleito

por la posesión de las tierras que ocupaban. Es este hecho el nervio vital de la novela. Alrededor de este pleito giran numerosos incidentes, hasta que por fallo de los tribunales de justicia—¡oh, ironía!—son despojados de las tierras que habían recibido de sus antepasados. Se instalan en otro lugar inhospitalario y rebelde al cultivo; pero gracias a la voluntad recia de Rosendo Maqui logran los comuneros un relativo éxito en el cultivo de las nuevas tierras. No pierden las esperanzas de conquistarlas. Mas son víctimas de tinterillos inescrupulosos, como ese Bismarck Ruiz. No obstante, el alma del indio no se doblega aun cuando es víctima del papeleo, hasta que al fin acude a las armas y también es vencido por el hombre civilizado... Cae preso Rosendo Maqui y muere en la cárcel. Los sobrevivientes no desmayan, inspirándose en el espíritu de Rosendo Maqui, continúan laborando la tierra. Pero, por último, caen derrotados definitivamente. Y donde van siempre son tratados como bestias de carga.

Al leer esta novela, el espíritu tropical de su autor asoma en las páginas del libro. Ambiente, personajes e incidentes se enlazan como en una selva del trópico, llegando a veces el lector a extraviarse en su lectura. Y si a esto agregamos un estilo frondoso, donde parece que no ha pasado la lima pulimentadora, es fácil concluir que esta novela habría ganado mucho en su realización artística si *Ciro Alegría* hubiera podado un poco, desbrozado el camino de malezas, eliminando incidentes y personajes secundarios, para destacar lo esencial. Le faltó a *Ciro Alegría* un poco de mesura en la redacción de su novela.

Felizmente, los incidentes son variados, las acciones de un patetismo sobrio, y la decoración del paisaje cambia, evitando la monotonía. Por ello, se mantiene alerta al lector, sostenido firmemente por el interés de la trama.

Este libro de *Ciro Alegría* viene a destruir la teoría sostenida por algunos escritores criollistas chilenos que dicen que en América lo esencial es la naturaleza bravía y que el hombre es

en ella un accidente ocultado por la grandiosidad de los elementos cósmicos. Pues bien, en la novela de Alegría los personajes destacan nítidos, con sus psicologías bien diferenciadas, aunque sean elementales, no por ello dejan de ser humanas. La naturaleza actúa en esta novela en función de los personajes, es decir, secundariamente. En tal sentido debemos destacar algunos capítulos, como ser, Tormenta, Goces y penas de la coca, Sangre de caucherías. El maíz y el trigo, Naturaleza y hombres conjugan una misma tragedia, estremeciendo el espíritu de esta novela con un dolor temperado por el alma recia de los indios. El lector se siente contagiado de esta misma angustia desesperanzada. Anima a esta novela un profundo sentido social, pues *Ciro Alegría* pone de relieve, humanamente, las injusticias de que padece el indio por la ambición insaciable del capitalista. El buen gusto impide a *Ciro Alegría* caer en la declamación estridente del demagogo de asamblea. Su simpatía hacia el indio surge de la narración de los hechos novelescos.

A pesar del vigoroso realismo de la novela, su autor mantiene siempre el lenguaje en tono elevado y viril, lo cual lo distancia del realismo coprolálico de la nueva generación de novelistas ecuatorianos y de algunos jóvenes novelistas chilenos.

Creemos que «El mundo es ancho y ajeno» se hermana con las grandes novelas de Hispanoamérica, con «La Vorágine», «Doña Bárbara» y «Raza de Bronce», porque todas ellas son la expresión artística del alma milenaria de este continente, estrangulada por la codicia de los blancos desde los días distantes de la Conquista; codicia que únicamente terminará cuando sus propios habitantes genuinos se defiendan con las mismas armas que les han enseñado a usar los hombres que vinieron a civilizarlos. . .—MILTON ROSSEL.

